

Literatura

LITERATURA Y DIPLOMACIA

Por Héctor Gros Espiell

El análisis de las relaciones entre estos dos términos podría hacerse desde muy distintos puntos de vista y dar origen a muy diferentes y controversiales enfoques. Sin pretender, obviamente, agotar la presentación de los posibles criterios a emplear para estudiar la vinculación entre la literatura y la diplomacia, quiero tan sólo esbozar algunas reflexiones preliminares, motivadas por el centenario de Saint John Perse (Alexis Léger).

Una primera forma de encarar esta relación sería la de estudiar el valor literario de algunas obras, de tipo memorialístico, escritas por grandes diplomáticos. La verdad es que en el género de las memorias, el aporte literario — además del valor histórico y documental — de ciertas obras escritas por grandes diplomáticos, es de significativa importancia. ¿Cómo no recordar las memorias de Talleyrand como texto irremplazable, aunque parcial y desfigurado, para conocer la historia diplomática del Consulado, el Imperio y la Restauración; las "Memoires d'Outre Tombe" de Chateaubriand, especialmente en los capítulos relativos a su pasaje por el Ministerio de Relaciones Exteriores y la Embajada en Roma; y, ya en nuestro siglo, el libro de Maurice Paleologue sobre su embajada en San Petesburgo, la diplomacia en el periodo previo a la Primera Guerra Mundial y los inicios de la Revolución Rusa; las memorias de François Poncet sobre su embajada en Berlín, las de G. Guariglia sobre la diplomacia Fascista y, entre otros de necesaria referencia, los libros de Streesman, de Eden, de Nicholson, de Kissinger? Lamentablemente América Latina no ha aportado prácticamente nada de trascendencia histórica, política y literaria, a este género memorialístico diplomático.

Este primer enfoque habría de completarse con el estudio del valor diplomático de algunas obras literarias. La reciente novela de Albert Cohen, *La Belle du "Seigneur"*, con sus análisis de la diplomacia en la Sociedad de Naciones, podría ser un

ejemplo, entre muchos a recordar, al respecto. Las tan conocidas novelas de Peyrefitte *Las Embajadas* y *La vuelta de las Embajadas*, con las descripciones de la diplomacia francesa en los últimos años de la década de los treinta y en el periodo de la Liberación, son también buenas muestras de este género.

Un segundo enfoque posible sería el de analizar la proyección, en su carrera artística, de la actividad de ciertos escritores para los que la diplomacia fue una faceta secundaria de su personalidad, subordinada a la labor de creación literaria. Los nombres de Stendhal y su consulado en Civitavecchia, de Juan Valera, de Angel Ganivet (Cónsul en Helsinki), de Paul Claudel (Embajador en Tokio), Paul Morand (Embajador en Bucarest), Jacques Maritain (Embajador en la Santa Sede), de Juan Zorrilla de San Martín (Ministro en Madrid), Eça de Queiroz (Cónsul en La Habana), de Ramón Pérez de Ayala (Embajador en Londres), de Pablo Neruda (Embajador en París), de Octavio Paz (Encargado de Negocios en Nueva Delhi), de Eduardo Acevedo Díaz (Ministro en Estados Unidos), de Alejo Carpentier (Representante en la UNESCO), de Amado Nervo (Ministro en Montevideo) y de Jules Supervielle (Secretario en París), son de ineludible recuerdo, cuando se piensa en este posible ángulo de reflexión para estudiar el tema. En esta lista, incompleta, desordenada y parcial,

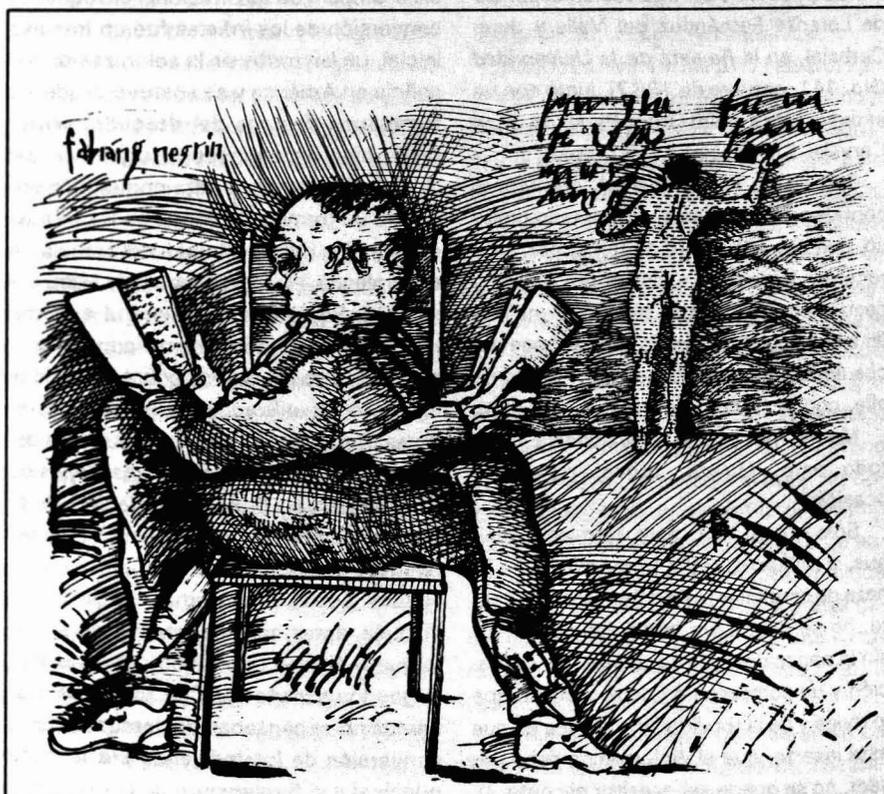
hemos incluido grandes figuras de la literatura de Francia, de Portugal, de España, de México, de Cuba, etcétera.

Pero hay, entre otros muchos enfoques, aquel que resulta del estudio de figuras que fueron, al mismo tiempo, grandes diplomáticos y grandes literatos, con una vida al parecer escindida entre la actividad política-diplomática y la creación intelectual y poética.

Quizá el ejemplo más interesante a este respecto es el de Alexis Saint Léger, conocido como poeta bajo el nombre de Saint-John Perse y como diplomático con el de Alexis Léger.

Saint-John Perse, uno de los más finos y exquisitos poetas franceses contemporáneos, llegó a obtener el Premio Nobel de Literatura en 1960. Alexis Léger ingresó a la "Carrera" en 1914. Fue Secretario de Embajada en Pekín en 1916, Jefe de Gabinete de Aristides Briand y Embajador desde 1933. Como Secretario General de Quai D'Orsay, estuvo presente y participó en todos los grandes hechos y actos diplomáticos de la época (Pacto de Locarno de 1925; Tratado Franco-Soviético de 1932; Acuerdo de Munich 1938; la Guerra Civil Española, 1936-1939; el conflicto de Dantzing y la Guerra de 1939, que vivió diplomáticamente hasta su exilio en los Estados Unidos después de la caída de Francia).

Pero Alexis Léger, que dejó como lite-



Dibujo de Fabián González Negrín

rato páginas imperecederas, no escribió nada o casi nada sobre la política y la diplomacia. Algunos breves apuntes fueron dados a conocer hace años en la revista francesa *Contrepoint*, cuando la dirigía Ricardo Paseyro, un poeta uruguayo que fue cónsul en El Havre.

La biografía diplomática y política de A. Léger está aún por escribirse, como lo acaba de recordar en un hermoso artículo en *Le Monde*, Michelle Sacotte.

Es un caso, inverso al más común y conocido en que el poeta eclipsa al diplomático, de una personalidad en la que las dos facetas tuvieron equilibrada y relevante importancia. Con razón se ha dicho: "Quizá esos dos nombres, Alexis Saint Léger y Saint-John Perse, esos distintos perfiles de un mismo rostro, compongan la clave dialéctica de una de las más altas obras poéticas de nuestro siglo".

Se han publicado recientemente veinticinco cartas de amor inéditas de Saint-John Perse (*Lettres a l'étrangère*, Gallimard, Paris, 1987). Son cartas escritas —¿por Alexis Léger o por Saint-John Perse?—, a Rosalía Sánchez Abreu, una cubana que conoció en 1932 y con la que tuvo una relación apasionada que, con eclipses, continuó en el exilio hasta 1949.

Monique Nemer nos recuerda que esta mujer, dotada de un encanto loco ("un charme fou"), enamoró primero a Jean Giraudoux y después a Saint-John Perse, que escribió para ella, en 1942, el hermosísimo "Poème à l'Étrangère", recientemente publicado en traducción española de Lorenza Fernández del Valle y Juan Carbajal, en la *Revista de la Universidad* (No. 441, octubre de 1987), junto con un estudio sobre Saint-John Perse de Juan Carbajal (Un Discurso sin Culpa).

Este estilo epistolar dual, que une la confidencia amorosa al comentario político, que hoy se ha perdido tanto, nos hace recordar las cartas escritas por Clemenceau, ya en el ocaso de su vida, a una mujer a la que quiso y admiró, y que hace pocos años fueron publicadas por el hijo de ella, con el título de *Lettres à une amie*.

Mucho más podría reflexionarse sobre todo esto. Queda, quizá, para otra ocasión.

Sólo quiero hoy, para terminar, decir que, a mi juicio, sin la humanidad y la fineza de sentimientos del literato y del poeta, no se puede ser buen diplomático, y sin la sagacidad y la capacidad de captación y de comprensión de la realidad que lo rodea y de la totalidad del Mundo en que está inserto, que el diplomático debe poseer, no se puede ser escritor ni poeta. ◊

Libros

CARTAS EDIFICANTES Y
CURIOSAS ESCRITAS DE LAS
MISIONES EXTRANJERAS
Y DE LEVANTE

LA LITERATURA DE VIAJES

Por Alejandro de Antuñano Maurer

En realidad existen momentos en la historia de Occidente en que los sucesos se presentan relativamente sencillos:

Así, por ejemplo los hombres y las grandes instituciones que conceptualizaron los grandes descubrimientos geográficos dividieron a los hombres nuevos de América en dos categorías fundamentales: la de la animalidad susceptible de ser domesticada y la de la animalidad salvaje. Los primeros, en consecuencia, estaban destinados a la conversión y al trabajo extenuante; y los segundos al exterminio fulminante. Prácticamente desde la Patagonia hasta el Canadá esta división estuvo presente y se obró en consecuencia al amparo de tan irracional enfoque. La conversión de los infieles fue un impulso inicial, un *leit motiv* de la colonización española en América y se sostuvo desde los tempranos tiempos del descubrimiento, hasta bien encaminado el siglo XIX del Nuevo Continente; y esta conversión encontró un formidable apoyo en las formas disfrazadas de explotación del trabajo: la encomienda, el repartimiento y la Mitra coloniales. Por lo que se refiere al exterminio, que acabó rápidamente con la "animalidad salvaje", son de sobra conocidos los métodos utilizados por los conquistadores. Recuérdense en este sentido las denuncias certeras del obispo Las Casas de Chiapas, en su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*; por ejemplo las relativas al espeluznante caso del cacique Hatuey, que se dejó quemar por Diego Velázquez, antes que encontrarse en el cielo que le habían prometido, con sus verdugos los españoles. Con todo, los monarcas no se cansaban de destacar que la conversión de los indígenas era la tarea principal y el fundamento de la presencia

española en las Indias. La gran cantidad de eclesiásticos españoles que circuló por la América hispana, trató a toda costa de fundamentar tal propósito monárquico y que arrancaba desde los días de la bula de Alejandro VI. Con el celo de convertir almas, pasaron al vasto imperio de las Indias muchos frailes, hoy casi todos desconocidos, que se anticiparon a los peligros del mar y de los bárbaros: fray Domingo Mendoza, que predicó en la isla de Santo Domingo; fray Tomás de San Martín, a quien en Perú, a la muerte de Pizarro, lo tuvieron por virrey porque atendía a los indios moderando a muchos conquistadores; fray Julián Garcés, obispo de Tlaxcala el 9 de noviembre de 1527; fray Pedro de Córdova, que fundó en la isla de Santo Domingo la provincia de Santa Cruz y fue singular en convertir infieles con ejemplos y milagros; fray Bartolomé de las Casas, que disputó como es sabido a favor de los indios con el "Cicerón de España", Juan Ginés de Sepúlveda; fray Miguel de Benavides, que reformó a los españoles y defendió a los indios y luego fue arzobispo de Lima; fray Tomás Mayor, y fray Francisco Blancas, que fueron los primeros misioneros y fundadores de Filipinas por el año de 1560; fray Vicente Velverde, obispo de Cuzco, e instituido protector de los indios, que puso mucho cuidado en atraerlos porque se retiraban a los montes, huyendo de los españoles, y al que en el año de 1541, luego de decir misa, le dieron muerte los indígenas y se lo comieron asado; fray Domingo de la Cruz, provincial de México; fray Juan

